Sta Stella Sanchez

Tomo 6 REPERTORIO AMERICANO Núm. 22

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 3 DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Lo cultural y lo instrumental

El humanismo ha vencido en la Cámara francesa. Por un centenar de votos de mayoría, la Cámara ha ratificado el decreto de M. León Bérard, que restauró el bachillerato clásico, basado en el estudio del griego y el latín. Este desenlace, no imprevisto, de una larga discusión, merece algún comentario.

Lo merece, en primer término, porque la discusión de la reforma de la Segunda Enseñanza y el voto final demuestran que las democracias pueden tener un elevado sentido de cultura. En un Senado de notabilidades no se hubiesen discutido mejor que en esta Cámara, hija del sufragio universal, los problemas de cultura, de educación ciudadana y de pedagogía general que plantea la oposición entre el bachillerato clásico y el moderno. Hemos seguido con interés el debate, observando cómo sin pedantería, sin aire magistral, antes con sencillez y naturalidad, se examinaban las varias facetas de tan complejo asunto, revelando los oradores una suficiencia y preparación que hace honor a la cultura del personal político francés.

Es muy interesante el sentido del voto de la Cámara, que es el mismo del decreto de 2 de marzo de 1923. El ministro de Instrucción pública y la Cámara, al optar por el bachillerato grecolatino, se han apartado del criterio vulgar del practicismo: han preferido lo «cultural» a lo «instrumental». No prefieren el griego y el latín por las aplicaciones profesionales que puedan tener para la futura carrera de los aspirantes, sino como una habilitación o una preparación de cultura. El valor «instrumental» práctico del bachillerato moderno, de ciencias y francés, es mayor que el del bachillerato clásico; pero el bachillerato clásico tiene más alto valor cultural, abre al espíritu y al gusto más vastos horizontes y puede ser una mejor escuela de ciudadanía.

«Es poco probable—decía M. André Lefevre—que al salir de la Cámara me encuentre con Demóstenes o Cicerón. Pero puedo tomar un «taxi», y no es desagradable comprender el mecanismo de un motor a explosión.» Esto es lo «instrumental». Mas Demóstenes y Cicerón, siendo personajes tan lejanos, sombras de repúblicas antiguas, pueden influir más en la formación del carácter del hombre y del ciudadano, que el conocimiento del mecanismo de un «taxi». Esto es lo «cultural».

Precisamente esa orientación hacia la cultura intelectual y cívica es de señalar en una democracia y en tiempos de practicismo y de intenso espíritu económico. Verdad es que Francia tiene una tradición de cultura clásica, ciertamente envidiable, que ha influído mucho sobre su genio nacional y que han sabido conservar sus modernas instituciones republicanas. Aunque los aplausos del centro y de las derechas hayan acompañado a M. León Bérard en sus intervenciones en el debate, probablemente su decreto del bachillerato clásico significa una obra democrática, una obra de educación y de elevación cultural de una democracia.

(Editorial de *El Sol*, Madrid).

Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba

(Discurso pronunciado el 27 de abril de 1923 en la Sexta Reunión anual de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional).

CONCEPTOS DEL PATRIOTISMO.

Mucho se ha discutido, señoras y señores, y se sigue discutiendo sobre el concepto del patriotismo.

Para unos, éste ha de consistir siempre en la apología o en la defensa de hombres y de hechos, si aquéllos pertenecen a nuestra patria o éstos han acaecido en ella.

Pero para otros, y para mí, el patriotismo humano, el patriotismo útil y fructífero es el patriotismo renovador; es el que busca en la historia del pasado y en el desenvolvimiento del presente los errores y los defectos, no para censurarlos y ponerlos en la picota simplemente por el gusto de hacerlo, sino para encontrar en ellos enseñanzas que permitan evitar en el mañana la repetición de hechos análogos; es el patriotismo que en situaciones críticas y en momentos difíciles no quiere ocultar, envolviéndolos hipócritamente en la bandera, los errores y los crímenes, ni trata de ahogar con las notas vibrantes del himno patrio el clamor del pueblo que pide justicia y rectificación. Es el patriotismo que dice la verdad, aunque ésta sea amarga y dolorosa. Es el patriotismo que nosotros necesitamos en estos momentos para resolver la profunda crisis que padecemos.

Y en este problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos—en mi concepto el más grave y trascendental de nuestra República—es en el que más necesitamos, si queremos estudiarlo y resolverlo debidamente, decir la verdad, sin cortapisas ni eufemismos.

Y yo, señoras y señores, en este trabajo, la voy a decir, porque debo decirla. Perdonadme si a veces es dolorosa y amarga.

EL FACTOR GEOGRAFICO, EL MAS IMPORTANTE.

Se repite constantemente que a la Enmienda Platt, o mejor dicho, al Tratado Permanente de 1903 en el cual aquélla está vaciada, se debe la forma especialísima en que se desenvuelven nuestras relaciones con los Estados Unidos; y esto es verdad en cuanto al aspecto legal o internacional de la cuestión. Pero por encima de este aspecto legal, y muy anterior a él, deben tenerse en cuenta el aspecto histórico y el aspecto geográfico, y

principalmente este último. Nuestra posición geográfica es la que ha determinado todos los sucesos ocurridos en el desenvolvimiento de nuestras relaciones con los Estados Unidos.

Desde hace largos y largos años nosotros hemos sido el punto de mira, la preocupación y la inquietud constante de los Estados Unidos, que, por esos motivos, realizaron en distintas épocas varias tentativas a fin de comprar a España la Isla o de anexársela.

EL INTERES AMERICANO POR ENCIMA DEL INTERES CUBANO.

Y no faltó tampoco la oposición a que alcanzáramos la independencia.

Y en tres ocasiones, a los intentos realizados por Bolívar en el Congreso de Panamá, y a los de Inglaterra en 1829 y 1840, en favor de nuestra separación de la Metrópoli, los Estados Unidos se opusieron a ello tenaz y enérgicamente. Y en el último de estos casos hasta llegaron a aliarse con España en contra de Cuba, ofreciéndole al efecto, en 15 de julio de 1840, el Gobierno norteamericano al español, por medio del Embajador en Madrid, Mr. Aaron Vais, lo siguiente:

«Está U. autorizado para asegurar al Gobierno español que, en caso de que se efectúe cualquier tentativa, de donde quiera que proceda, para arrancar de España esta porción de su territorio, puede él contar confiadamente con los recursos militares y navales de los Estados Unidos para ayudar a su nación, así para recuperar la Isla, como para mantenerla en su poder».

¿Qué quiere esto decir? Que en el problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos éstos han procedido y procederán siempre de acuerdo con sus conveniencias y no con las nuestras, lo cual no deja de ser, en el fondo, muy humano. Pero es necesario decirlo y demostrarlo para hacer ver el error y el ridículo en que incurren los que a diario pregonan y repiten el tan manoseado tópico de la generosidad de los Estados Unidos hacia Cuba, de su amor hacia los cubanos y de la deuda eterna de gratitud que con ellos tenemos. Realmente es una deuda eterna porque siempre la estamos pagando.

AL FIN... LA JOINT RESOLUTION.

Por fin, y no es posible que yo me dedique a examinar en el corto espacio de tiempo de que dispongo, todos los sucesos, en abril de 1898 el Congreso de los Estados Unidos votó su Resolución Conjunta declarando que el pueblo de Cuba era, y de derecho debía ser libre e independiente.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

¿Cuáles fueron las verdaderas causas de esta resuelta actitud que ahora adoptaban en favor nuestro, y, más aún, de la declaración que aparece en la cláusula cuarta de la Joint Resolution, de que no tenían deseos ni intención de ejercer jurisdicción ni soberanía ni de intervenir en el gobierno de Cuba, el que sería dado al pueblo de la Isla tan pronto se realizase su pacificación?

Puntos son estos ajenos al presente trabajo, sobre los que vengo recogiendo desde hace años documentos y pruebas, datos y antecedentes, que me permitan, tal vez en breve, dar a conocer hechos realmente interesantísimos y algunos de ellos sensacionales.

Ocurre la guerra con España; triunfan las armas norteamericanas, y los Estados Unidos se hacen cargo de la Isla, poniendo al frente de ella un Gobernador militar.

UN FENOMENO IMPORTANTISIMO.

Y ocurrió entonces un fenómeno sobre el que es necesario detenernos, para dejar sentada su significación e importancia en el desenvolvimiento de los hechos posteriores.

Y es el siguiente:

Que en Cuba el proceso de nuestra independencia no marca como en todas las repúblicas latino-americanas, una línea de continuidad que de la revolución conduce a la República. Entre nosotros ocurre una brusca y trascendental interrupción: la ocupación americana. No son las tropas cubanas victoriosas las que dan al país una nueva forma de gobierno. Es un poder extraño el que expulsa a España y se coloca en su lugar. Y las huestes cubanas, que durante años de épica lucha combatieron por la libertad de la patria, y los emigrados que sufrieron privaciones sin cuento; unos y otros, ven sí, que ya del Morro de la Habana se ha arriado la bandera gualda y roja; pero en lugar de ésta se encuentran no la de la estrella solitaria, sino la de las barras y estrellas.

CALVARIO DE LOS LIBERTADORES.

Y entonces los patriotas, contemplando la transformación que la realidad les ofrece de los que eran sus ideales, lloran en los versos del poeta nacional su triste suerte:

Al llegar de distante ribera
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera,
y otra he visto además de la mía!

Y en aquellos momentos, tristes y solemnes, pensando en las luchas y sacrificios pasados, lanzan desde lo más profundo de sus adoloridos corazones, este canto de anhelo y de esperanza:

Hoy que lánguida y triste tremola,
mi ambición es que el sol, con su lumbre,
la ilumine a ella sola—¡a ella sola!
en el llano, en el mar y en la cumbre!

El calvario de los patriotas cubanos continuó. Y la preponderancia y el poder supremo y último que los Estados Unidos ejercían en todos los órdenes sobre Cuba, se fué introduciendo en la conciencia del pueblo. Los mismos revolucionarios, para no morirse de hambre, se vieron obligados a aceptar, unos, mísera limosma del Gobierno de los Estados Unidos, y otros, modestos empleos a las órdenes de las autoridades interventoras.

Y durante los tres largos años que duró la ocupación americana, en lugar de fortalecerse el concepto de la personalidad política, la confianza en el propio esfuerzo, el sentimiento de la soberanía, se fueron debilitando más y más todos estos principios tan indispensables para la vida de una nación.

Y esta no se constituyó sino cuando los Estados Unidos lo creyeron oportuno, y *por orden de ellos.*

IMPOSICION DE LA ENMIENDA PLATT.

Y hubo más. Redactada y aprobada ya por la Convención Constituyente la Ley fundamental del Estado, cuando los patriotas y el pueblo todo empezaban a olvidar los esfuerzos y sacrificios que en la paz—más dolorosos que los de la guerra—habían tenido que sufrir; cuando eran pocos los momentos que faltaban para el logro de todos los ideales soñados, vino una última prueba a reafirmar aun más la idea de que los Estados Unidos eran para nosotros el poder, la fuerza y la última instancia en nuestros problemas: la imposición de la Enmienda Platt.

Señores: muchos son los que han censurado a los constituyentes cubanos por haberla aceptado. Yo declaro

que no quisiera nunca encontrarme en la situación terrible, de responsabilidades extraordinarias, en que se encontraron aquellos hombres, y adivino la tempestad que en sus cerebros y en sus corazones se desencadenaría en aquellos momentos. Su caso fué el caso del sediento que, después de interminable y penosísima jornada, le ponen al alcance de los labios un vaso de agua, pero, para dejar bebérsela, le exigen ciertas condiciones que su conciencia en el fondo rechaza. Vacila, duda. Le dicen y le repiten que no hay nada de denigrante en esos requisitos; que ellos en nada merman su libertad, sino que al contrario la reafirman; y mientras tanto, la sed lo devora... ¿Qué hubiérais hecho vosotros? ¿Qué hubiera hecho yo? En el reposo y tranquilidad de mi gabinete de trabajo, veinte y tantos años después, sólo puedo juzgar en sus consecuencias aquel hecho, declarando que si facilitó el que se constituyera la República, nos ha sido fatalmente perjudicial, pues acabó de debilitar en nuestro pueblo la confianza en sí mismo y en el gobierno propio y ha sido la causa primordial de todos nuestros males y de todas nuestras desgracias.

La Enmienda Platt se aprobó, y el Gobierno de la República de Cuba concertó con el de los Estados Unidos un Tratado permanente en el que se reprodujeron las cláusulas de la Enmienda.

LA ENMIENDA PLATT NO MERMA NUESTRA SOBERANIA.

Yo no creo que ni la letra ni el espíritu de éstas merme nuestra soberanía. Leyéndolas y estudiándolas, examinando la interpretación que sus autores claramente le dieron, y que ya fué examinada por mí en la sesión del año pasado, y con elocuencia, por el Dr. Cosme de la Torriente en la sesión solemne de este año, se llega a la conclusión que ellas no nos impiden ser un Estado libre y soberano, en lo exterior y en lo interior. Y esto es indispensable repetirlo una y otra vez para que el pueblo lo conozca perfectamente y no se deje engañar por los que, para realizar mezquinos propósitos, tratan de hacerle ver lo contrario.

Por la Enmienda Platt o Tratado Permanente no estamos más ligados a los Estados Unidos que lo hemos estado siempre por nuestra situación geográfica. Root, explícitamente lo declaró así a la Comisión de la Constituyente que en abril de 1901 fué a Washington para conocer el alcance e interpretación que el Gobierno de los Estados Unidos le daba a dicha Enmienda.

«Los Estados Unidos—dijo—desde hace tres cuartos de siglo han proclamado a la faz del mundo europeo y americano el derecho de intervenir en Cuba, y han negado a otros Estados, hasta la intervención amistosa en los asuntos cubanos».

En este sentido, las cláusulas de la Enmienda Platt, limitan, aclaran y restringen ese derecho que los Estados Unidos, basados en su fuerza y en su poder, se han arrogado no sólo sobre Cuba sino también sobre las naciones del Caribe y el Golfo de México. Sin Enmienda Platt han intervenido e intervienen en las naciones hermanas y queridas de Centro América, de Haití y Santo Domingo, y sin Enmienda Platt ocuparon militarmente esta última, destituyeron su gobierno, a aun no le han devuelto su libertad y su soberanía.

Es el derecho de la fuerza. Pero frente a él, esgrimiendo como armas las cláusulas del Tratado Permanente y la interpretación que los propios Estados Unidos le dieron, tanto los autores de la Ley Platt y sus comentaristas como el Ejecutivo y Congreso norteamericanos, y uniendo a esto las solemnes declaraciones hechas en una ley de este último la Joint Resolution y en un compromiso internacional, el Tratado de Paz con España, por las cuales reafirman nuestra condición de pueblo libre y soberano de sus propios destinos; esgrimiendo, repito, todas esas armas, podemos nosotros oponerle a los Estados Unidos la fuerza de nuestro derecho.

Ya en los primeros años de constituída la República, en nuestras relaciones con los Estados Unidos, se empezó a ver el desenvolvimiento de este proceso curiosísimo: la lucha entre la creencia arraigada en ellos de que su nación, basada en su fuerza y su poder y en nuestra situación geográfica, tenía derechos especiales para intervenir en Cuba, y las cláusulas del Tratado Permanente limitando y evitando esa intervención, cuando eran esgrimidas hábilmente, con patriotismo y firmeza por el Gobierno Cubano.

Durante el Gobierno de Estrada Palma fueron varias las veces que intentaron intervenir en nuestros asuntos interiores. Contra esas pretensiones se les expusieron razones y argumentos, y en todos los casos desistieron en sus propósitos.

REVOLUCION DE AGOSTO DE 1906.

VINO la revolución de agosto de 1906, y entonces fué el Gobierno Cubano, el que con ceguera e irreflexión inconcebibles pidió a los Estados Unidos que intervinieran.

Renunció el Presidente Estrada Palma, después de haberlo hecho el Vicepresidente y aceptándole antes la renuncia a todos los Secretarios del Despacho, sin nombrar otras personas que los sustituyeran, como estaba obligado por la ley; realizado todo ello con el calculado propósito de que el Gobierno de la República quedara acéfalo y los Estados Unidos se vieran obligados a intervenir; creyendo que la República era patrimonio exclusivo suyo y que debía correr la suerte a que su terquedad lo había conducido, hundiéndose con él en el abismo a que sus propios errores lo habían llevado.

No menos censurable fué la actitud del Congreso negándose a integrar el quorum en la sesión en que se trataba, después de la renuncia de Estrada Palma y sus Secretarios, de elegir un Presidente provisional, evitándose con ello la intervención. En aquella hora trágica de nuestra vida política, el Congreso debió haberse reunido y elegir a cualquier cubano, el primero que pasara en esos momentos por las puertas del Palacio Congresional, colocándolo en la Presidencia y prestándole todo su apoyo y cooperación para impedir que desapareciese la República.

En aquel caso los Estados Unidos intervinieron de acuerdo con los preceptos del Tratado Permanente.

GOBIERNO PROVISIONAL DE MAGOON.

SE estableció el Gobierno provisional norteamericano y los males que éste nos causó, los purgamos todavía. Dividió y aniquiló nuestros partidos políticos fomentando la discordia entre sus jefes y corrompiéndolos con el reparto injustificado e injusto de destinos, prebendas y favores que repartía el Gobernador Magoon a diestra y siniestra, a costa del tesoro cubano, que dejó no sólo exhausto sino empeñado en varios millones de pesos; modificó a su capricho las leyes y la Constitución, se realizaron inmensos negocios y contratos inmorales y lesivos para Cuba, llegando, además, en el desbarajuste administrativo y despilfarro económico, a un grado inconcebible.

Cuando los comisionados Taft y Bacon intervinieron en Cuba, no se conocía entre nosotros la corrupción administrativa. Estrada Palma, con todos sus defectos políticos que los tuvo grandes, se portó como un administrador de la cosa pública honrado y austero. Fueron Magoon y el Gobierno provisional norteamericano, los

que malearon y corrompieron nuestras costumbres administrativas.

Y ya tenemos un nuevo mal, un gravísimo mal introducido en nuestra patria por la política intervencionista de los gobiernos norteamericanos.

GOBIERNO DEL GENERAL GOMEZ

RESTAURADO el Gobierno cubano en 1909, durante los cuatro años en que el General José Miguel Gómez ocupó la Presidencia, se acentuaron las intromisiones de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores.

La reclamación llamada tripartita, de Francia, Inglaterra y Alemania, por daños causados a sus ciudadanos durante la guerra de independencia; la agitación veteranista; la agresión al Encargado de Negocios norteamericano Mr. Gibson por el periodista Sr. Enrique Mazas; la concesión a la Compañía Agricultora de Zapata, para la desecación de la ciénaga de este último nombre, y la revuelta racista, dieron ocasión y pretexto a repetidas intromisiones del Ministro Americano en nuestros asuntos, en una forma fuera de la acostumbrada y que después se ha seguido como norma constante.

Pero en todos estos casos y en otros varios, frente a las tentativas de intervención se levantaron enérgicamente tanto el Presidente Gómez como sus Secretarios de Estado Justo García Vélez y Manuel Sanguily, y los Estados Unidos no pudieron llevar adelante sus propósitos intervencionistas.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

(Concluirá en el número próximo).

REFLEXIONES Y LECTURAS

¿Mintió Plutarco?

PLUTARCO ha mentido...», concluye, a lo que parece, Juan de Pierrefeu, periodista francés, agregado al Gran Cuartel General durante la guerra europea, y encargado por el alto mando de la delicada misión de redactar los comunicados oficiales.

¿Recordáis las «Vidas paralelas»? En ese libro áureo, que aleccionó a la Humanidad durante tantos siglos, nos presenta el viejo Plutarco a los varones ilustres de la antigüedad clásica. Pericles y Fabio Máximo, Aristides y Catón, Alejandro y Julio César, Demóstenes y Cicerón, aparecen en esas páginas con la familiar intimidad de sus rasgos individuales y con la serena grandeza de sus almas próceres. Enséñanos Plutarco, según es fama, a conocer a los hombres. Pero si éstos son como los que el moralista griego describe, hay que tener fe en el poder del espíritu humano, en la obra de las personalidades geniales que, con la fuerza de su pensamiento y de su carácter, se imponen a las circunstancias, dirigen al mundo y hacen la Historia.

No; los hombres no hacen la Historia, viene a opinar M. Pierrefeu en su libro «Plutarque a menti». El escritor francés ha seguido de cerca, en contacto con los generales famosos que movían millones de soldados, esta colosal experiencia de la guerra. Y parece creer que, por el contrario, es la Historia, tejida por el ciego azar, arrastrada por ímpetus oscuros, la que a su antojo hace y deshace a los hombres.

Ahora resulta, por lo visto, que aquella estrategia previsora, aquellos avances y repliegues metódicos «según plan preconcebido», de que se hablaba en los periódicos, influían menos en las realidades de la guerra que en la literatura de los comunicados oficiales. A lo mejor, la suerte de la guerra dependió de que al general Foch, en un momento en que, según las reglas clásicas del arte militar, debía disponer una retirada, se le ocurrió ordenar un contraataque en todo el frente, desconcertando así a Ludendorff, quien, con toda su técnica, esperaba que las operaciones se desenvolviesen dentro de los sanos principios de la lógica estratégica...

* *

Pero, en general, ¿dónde están ahora, a través de la enorme catástrofe de la guerra, y en esta gigantesca transformación que, después de ella, piden y buscan los pueblos, esos grandes hombres, capaces, como los ciudadanos de Plutarco, de gobernar los acontecimientos y regir el destino del mundo? Ni el kaiser, en su retiro doméstico de Holanda; ni la senil energía de Clemenceau o la académica ponderación de Poincaré, dos gobernantes de incuestionable valer, mas para los cuales el resultado moral de esta guerra, la mayor de todos los siglos, no ha de ser una Europa nueva, con un nuevo concepto de las naciones y de sus fronteras, sino, sencillamente, una nueva y más segura frontera para su propia nación; ni Lloyd George, estadista sagaz, de amplia inteligencia, pero político oportunista y fluctuante; ni el antiguo presidente Wilson que, física o moralmente deprimido, fué descendiendo uno a uno, hasta recluirse en su obscuro hogar, los peldaños de su cátedra universal de pontífice civil de la paz y del Derecho; ni otro alguno, en fin, de los hombres que se han destacado en la gran tragedia de estos diez años últimos, reveló aquel temple de ánimo, aquella entereza en la personalidad, aquel augusto dominio sobre las vicisitudes de la vida que caracteriza la vigorosa, serena, majestuosa fisonomía espiritual de los personajes de Plutarco.

¿Es que Plutarco mintió? ¿O es que está ya agotada la cantera humana de donde sacaron sus héroes Atenas y Roma? Acaso la vida pública ha crecido, la sociedad se ha desarrollado y complicado desmesuradamente, y ningún genio moderno podría enfrontar los problemas mundiales del siglo XX con aquella grave seguridad y aquella firmeza de mano y de corazón con que los legisladores filósofos resolvían los problemas relativamente sencillos de las ciudades antiguas. Tal vez, por el contrario, no es la vida la que creció, sino son las almas las que menguaron, y en estos tiempos pequeños, míseros, en vano buscaríamos aquellos grandes hombres que el mundo clásico formara con el gladio y la lira, a la sombra de los laureles, bajo las alas de la gloria.

Aquellos excelsos varones, naturalezas fértiles, cual la de Alcibíades, para el bien y para el mal, eran individualidades fuertes y acentuadas y, al mismo tiempo, sacrificaban su individual instinto a la obra colectiva, a la común grandeza de la ciudad. No cabe duda, en cambio, de que, en la época presente, el vigor original de la personalidad, el alma potente y hermosa, queda oscurecida por los progresos utilitarios de la técnica y de las ciencias aplicadas; por los adelantos materiales de la mecánica y de la industria, y por la complejidad creciente de la especialización, la estadística y la bibliografía. Se mira menos al hombre interior que a su posición, externa, a su riqueza o su categoría. Las cosas ahogan a la persona. Lo humano acaba por no interesar en el hombre.

Hace falta volver a la cultura de la personalidad. Vivir nuestra vida no es flotar a la merced de los vientos,

sino poner la proa de la nave con rumbo fijo, mar adentro, de cara al infinito... Eduquemos lo fundamentalmente humano en cada hombre. Aprendamos a estimar en cada uno, no lo que aparenta, ni lo que logra, ni lo que dice, ni lo que sabe, sino lo que es. Tal vez, entonces, nuestros contemporáneos puedan aparecer ante las generaciones venideras, como ante nosotros aparecen, ejemplos venerables, las grandes figuras de la Historia antigua... Sobre todo, cuando el tiempo pase y no se les juzgue ya entre el rumor de las anécdotas de un Cuartel General, sino con la gloriosa perspectiva de los siglos.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

El Excmo. Sr. Ministro de México en Costa Rica responde al cuestionario del "Repertorio Americano"

San José, Costa Rica, 24 de agosto de 1923.

Señor don Moisés Vincenzi,

Ciudad.

Mi estimado amigo:

Todavía es muy prematura mi contestación a su interesante cuestionario, pues debí dejar pasar toda esa pléyade luminosa de filósofos y escritores con los que, para su mayor gloria, cuenta nuestra raza; pero es mucha la la tentación que tengo de exponer una idea que se me ha ocurrido después del sonado triunfo de Costa Rica en la última Conferencia Panamericana de Santiago de Chile; esa idea, justamente, se relaciona con esa clase de Congresos que los Gobiernos del Continente deberían procurar dignificar más y más cada día o prescindir por completo de ellos al no desarrollar su labor a la altura de las nobles y justas aspiraciones de los pueblos todos de América.

Por otra parte, el recuerdo de que Ud. al iniciar su trascendental encuesta, me manifestó sus deseos de que fuera, como representante de México, el que encabezara las contestaciones del cuestionario, me anima, por mi título oficial solamente, a no ser ahora de los primeros ni de los últimos en la contribución que estamos aportando a la raza a cuyos intereses he dedicado mis mayores esfuerzos intelectuales, que sin figurar entre los de primera fila por ese concepto, pueden, sin embargo, por el desinterés y sinceridad que los engendra, aparecer entre ellos sin rubor.

Que me perdonen los primeros—tan llenos de luz y espléndidas enseñanzas—que me haya intercalado tras ellos, atraído y encandilado justamente por esa luz y los últimos que indudablemente serán tan luminosos como los primeros—que me perdonen también, el que me haya *colado* antes que ellos, que serán los que rematen la obra con los iniciadores.

En cuanto a Ud., amigo mío, ¿qué podrá decirse que no sea en alabanza justísima de su oportuna y brillante idea? Su cuestionario ha venido a hacer las veces de vigoroso estimulante para los espíritus y corazones de la raza.

Por el mérito de la iniciativa y por el éxito de la misma reciba mis calurosas y sinceras felicitaciones y créame como siempre,

Su amigo afectuoso y S. S.

E. R.

1ª La enseñanza no debe unificarse en Hispano-América, sino en aquello que es fundamental y trascendental a los intereses morales y sociales de la raza. Un mismo texto de moral debería existir en todas las escuelas de Hispano-América, dirigido a regular los deberes de todos los individuos de nuestra raza, entre sí, y con el resto del mundo. Esto traería poco a poco la uniformidad en la interpretación del ideal étnico, tan importante en la preparación de los espíritus para cualquiera futura acción en conjunto de los países continentales del mismo origen racial.

CUESTIONARIO:

1ª ¿Cree Ud que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3ª ¿Estima Ud conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6ª Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de *E. J. Varona*, Habana; *R. Brenes Mesén*, Syracuse, New York; *L. Lugones*, Buenos Aires; *B. Sanín Cano*, París; *N. Pacheco*, París; *Elena Torres*, México; *E. Landázuri*, México; *A Sux*, París; *Fed. García Godoy*, La Vega, Rep. Dominicana; *J. Santos Chocano*, San José de Costa Rica; *Francisco Contreras*, París; *Juan J. Carazo*, San José de Costa Rica; *José Vasconcelos*, México, D. F., *Manuel Cestero*, México D. F; *Rafael Cardona*, San José de C. R.; *Rogelio Sotela*, San José de C. R.

Importante sería a la vez la unificación de la enseñanza cívica en todos nuestros países. Ella prepararía al ciudadano hispano-americano para su redención política y formaría un nuevo ciudadano tipo: el ciudadano hispanoamericano, acorde con todos los impulsos y entusiasmos de la raza. La cultura cívica elimina las revoluciones y violencias. Nadie ignora que en la política la acción de un núcleo de ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos es mucho más trascendental y perdurable que la obra del mismo grupo ejercitando tan sólo la violencia. La futura vida política de los pueblos hispano-americanos deberá desarrollarse dentro del más acrisolado civismo porque en él tan solo está la salvación y consolidación de sus instituciones y de sus derechos más sagrados. Por medio del civismo, únicamente, se logrará la realización de nuestros más elevados preceptos nacionales y de raza. Debe, por lo tanto, según mi criterio, uniformarse en todas las escuelas de Hispano-América la enseñanza de la moral y del civismo dejando, en lo demás, que cada pueblo organice como crea más adecuado su sistema de educación.

2ª Sí, en aquello que sea básico para la defensa de la soberanía absoluta de cada uno de nuestros países. Al decir soberanía absoluta deseo significar la necesidad de poner fuera de todo alcance de la ambición bastarda no sólo el suelo sino también el subsuelo y el aire que se cubifica en el perímetro nacional. No puede considerarse independiente un país que no ejerce dominio sobre su subsuelo y al cual la imprevisión de sus leyes le impiden tener derecho exclusivo de aniquilar al topo que lo mina, o destruir al milano que de las alturas lo acecha.

Las constituciones de los países Hispano-Americanos deberían contener artículos semejantes al **27** y **123** de la Nueva Constitución de México, en donde están consignados los medios de tener una patria libre, y que esa patria la formen ciudadados dignos y conscientes.

3ª La mejor manera de defender nuestros intereses económicos es fomentar a un grado de super-producción nuestra industria con objeto de impedir que intereses extraños vengan a fomentar nuestros propios intereses. El día que los países Hispano-Americanos se basten a sí mismos y se provean entre sí, dejará de existir uno de los más grandes peligros para ellos, el de ser absorbidos o privados de sus libertades por medios mercantiles. Los Estados Unidos en realidad no necesitan del Comercio de Hispano-América; tienen un campo por siempre ilimitado en Oriente para vender sus productos. Lo que les es indispensable es nuestra materia prima. Si lográramos impulsar al máximum la explo-

tación de ésta, con el fin de satisfacer nuestra industria, a la vez que vender al Norte y a Europa el sobrante, muy pronto se nivelaría nuestra balanza comercial, produciéndonos abundancia y riqueza, y por lo mismo, consolidando nuestra independencia económica, base de nuestra completa soberanía.

4º Estimular la explotación al máximum de los tesoros de materia prima que producen nuestras tierras privilegiadas. Esto traerá a la vez el auge de nuestras industrias y la posibilidad de la exportación, estableciendo la base de un sólido intercambio de productos entre las naciones Hispano-Americanas.

Ninguna ventaja se obtiene para un fin comercial con el establecimiento de líneas férreas y de vapores mientras no tengamos qué vender y qué comprar de un país a otro. La salvación económica de los países Hispano-Americanos está en la explotación intensa de su materia prima, para formar su propia industria y vender el sobrante a los grandes centros productores y comerciales.

5º Vigorizar más y más la suprema cualidad de la raza: *el sentimiento*, factor básico de su conservación actual y de su preponderacia futura.

Enriquecer más nuestro idioma y literatura con la creación de la verdadera novela nacional de cada país, o la novela de la raza, vulgarizando por este medio el alto ideal que reboza en todos nuestros poemas y obras histórico-filosóficas que sólo están al alcance de los cultos y de los preparados. La novela es el reflejo del sentimiento del alma de los pueblos. Cuidar mucho de que toda obra de trascendencia que se divulgue, contenga siempre preceptos enaltecedores de la raza y de sus virtudes supremas, entre ellas el sentimiento como la primera; evitando, en consecuencia, todo concepto deprimente y toda divulgarización de filosofías ultra materialistas y egoístas, que han sido causa en el presente del rápido aniquilamiento de pueblos poderosos.

Estimular por todos los medios posibles la organización frecuente de congresos adonde asistan no sólo los representantes de los gobiernos, sino también los de los pueblos; adonde se puedan debatir a la par de los grandes problemas los pequeños, que son los que engendran los primeros; que se resuelvan en esos congresos los conflictos de todos los países del Continente Americano, pero con un espíritu exento de todo egoísmo.

Que deje de tener, como ocurre en el seno del actual Congreso Pan-americano, esa tendencia de preponderancia de una nación sobre otras, debiéndose reconocer de hecho y de antemano, la igualdad de todas ellas en el gran consorcio de Naciones Continentales. Para ello es indispensable que ese Congreso sea permanente, pero sin residencia fija. Es decir, su permanencia en cada nación será de dos años por ejemplo, sin que esto impida que en casos extraordinarios se traslade temporalmente a cualquier país que se designe por la mayoría. El objeto de la permanencia en cada país, sería para que los delegados tuvieran oportunidad de recabar toda índole de información sobre cada nación y documentarse debidamente con el fin de orientarse mejor en sus debates sobre asuntos trascendentales.

Una vez el Congreso Pan americano constituido en forma permanente, sus funciones llegarán a ser más trascendentales y efectivas y las Naciones todas podrían elevar sus cuotas con el fin de que ese importante cuerpo logre formar un fondo general de importancia destinado:

1º A toda clase de investigaciones para mejor documentar y fortalecer el Congreso.

2º Fomentar conferencias y sostener comisiones de propaganda continental.

3º A la apertura de nuevas vías de comunicación continental.

A nadie escapará la importancia de esas nuevas actividades, pero de manera muy especial resultará beneficiosa para todos los países continentales la partida destinada a vías de comunicación. Determinando el Congreso, después de estudio minucioso, en cuál de las naciones es más urgente la construcción de vía férrea o camino que contribuya al acercamiento con las demás. Este llegaría a ser el *único* medio práctico de llegar a construir el Ferrocarril Panamericano, que por dificultades económicas de las Repúblicas pequeñas, se ha venido, y se seguiría aplazando indefinidamente, a no ser la aplicación de este medio.

Otro paso para nacionalizar, sería el establecimiento—estrictamente bajo el sistema suizo—del servicio militar obligatorio. Esto traería un espíritu de orden y disciplina de la que carece en absoluto nuestra raza; siendo esa tendencia al desorden e indisciplina uno de sus más graves defectos. Además, vendría a unir a las clases sociales actualmente tan distanciadas y tan inconciliables. Físicamente nuestra juventud ganaría mucho con el servicio militar obligatorio.

Los intelectuales de Hispano América tienen el campo libre y virgen para trabajar con los pueblos, inculcándoles y fortaleciendo en ellos los más altos ideales de la raza, y procurando así, unificar su pensamiento primero, y después su acción; y llegado el momento en que los pueblos se encuentren perfectamente compenetrados de los preceptos salvadores, dejarán de existir por sí solos los gobiernos autócratas y ultra-conservadores y corrompidos, como desaparecen las úlceras de un cuerpo enfermo después que el sistema todo del paciente ha sido saneado.

Así, pues, toda la labor de preparación, toda nuestra prédica y propaganda tendiente a la evolución política y social de los países hispano-americanos, debe hacerse entre sus pueblos y sin cuidarnos de los prejuicios de algunos Gobiernos cuya actuación sea contraria a los ideales de dichos pueblos.

Por lo tanto, el programa de los intelectuales de Hispano América debe ser el de los más altos ideales de raza, el que debe hacerse penetrar en el espíritu y corazón de los pueblos de todo el Continente Americano. Por este medio, terminarán para siempre las tiranías, y el imperialismo de los gobiernos expansionistas encontrará su más formidable enemigo en sus mismos pueblos. He aquí una grande, una santa tarea para los intelectuales de Hispano-América.

EDUARDO RUIZ

Carta-réplica

San Pedro de Poás, 3 de julio de 1923.

Sr. don Joaquín García Monge,

Editor del REPERTORIO AMERICANO,
San José.

Estimado don Joaquín:

En la entrega de su importante semanario correspondiente al 4 de junio anterior (Tº 6, Nº 8), leo unos comentarios de nuestro ilustre don Roberto Brenes Mesén a mi folleto *Algo de Matemáticas*; don Roberto ha leído el trabajo, y lo ha leído con algún detenimiento; pero ha escrito el juicio que su *Repertorio Americano* publica, un poco de prisa, al parecer, como lo revela cuando dice: «¿Por qué no dedicar atención a los problemas de las Ciencias Físicas, hoy tan fecundos, o de la Astronomía? ¿Por qué no apoyarse en investigaciones de esa naturaleza, para remontarse luego a la abstracción

pura o viceversa?» Es decir: o se dedica atención a las Ciencias Físicas y a la Astronomía para llegar después a la abstracción pura (¿las Matemáticas en este caso?), o se dedica atención a esta última, para llegar a aquéllas? Según esto último es lo que estoy haciendo: dedico mi tiempo a la abstracción y llegaré a las Ciencias Físicas y Astronómicas; entonces el consejo o la reprensión que mi ilustre ex-profesor me dé no tiene razón de ser; debió haber suprimido las palabras «o viceversa» para que quedase su consejo o su reprensión bien, consejo o reprensión que por cierto me fué dado por don Elías Jiménez Rojas. Será ligereza eso del «o viceversa»?

En cuanto a lo de publicar solamente una parte del estudio que tengo y tenía hecho, tiene razón don Roberto, pero yo casi la tengo también por no haberlo publicado todo y le diré por qué: haré historia del asunto: en 1920, cuando hubo aquella fiebre de becas, que más parecía deseo de viajar y conocer tierras extrañas que de estudiar y servir a nuestra patria, yo fuí atacado de dicha enfermedad, y al Congreso llegó también mi solicitud; pero resultó que los muchachos que tenían más probabilidades de triunfar eran, por casualidad seguro, aquellos que habían salido en letras de molde en revistas y folletos; yo, viendo tales cosas, me dije: «Allí tengo algunas páginas escritas; voy a tomar unas pocas y las publico para que nuestros legisladores (hablo de los de antaño) vean que Vital Murillo ha salido en letras de molde y en buen papel y que, puede, por consiguiente, marcharse al extranjero, y dando arañazos en la Secretaría de Instrucción Pública (hablo de cosas idas), en la Escuela Normal, en algunos Colegios, a un Cónsul y a un amigo, logré reunir la suma necesaria y se editó el «Algo de Matemáticas», pero con tan mala suerte, que salió luego de repartidas las teóricas becas adjudicadas a muchachos, ¡pobrecitos!, que aún están en el país, pero en quienes aquella burla no produjo ningún mal efecto, sino que al contrario continúan ahondando los estudios de su predilección. Tuvo también el folleto otra mala suerte: la de que, según el señor Director del taller tipográfico, valía tamaño poco más de lo estipulado en el compromiso celebrado entre la Secretaría de Instrucción Pública y él, compromiso cumplido al pie de la letra, a pesar de lo cual el señor Director quiso exigir, pero no pudo, el saldo que él pretendía, porque, hay que confesarlo, es un señor entendido en asuntos tipográficos pero que no piensa más que en sacar buena ganancia de los trabajos que se le encomienden. Con semejantes pegas ¡qué tal si hubiese intentado publicar todo, más de cinco veces tal vez, lo contenido en el folleto publicado! Don Roberto debe acordarse cómo son estas cosas por acá y así comprenderá por qué publiqué esos extractos no más.

Dice don Roberto: ...aquí (en la teoría de las progresiones algebraicas) como en las operaciones ultra-potencio-radicales, se siente la absoluta necesidad de partir de un problema o de llegar a él»; y esa necesidad está satisfecha, pues partiendo de las progresiones algebraicas llegué a los logaritmos y antilogaritmos N ésimos y a las operaciones ultra-potencio-radicales. En el párrafo «Logaritmos de logaritmos y antilogaritmos de antilogaritmos» (p. 23 del citado folleto) digo: «Consideremos la siguiente progresión algebraica:

$$\div\!\div\; B \quad B^{B} \quad B^{B2} \quad B^{B3} \;\ldots\ldots\ldots\; B^{Bn}»,$$

y basado allí explano la teoría de logaritmos y antilogatitmos N ésimos; y en el párrafo «Las operaciones ultra-potencio-radicales», (p. 28 del id. id.) digo: «Veamos el cuadro (31) del párrafo «Logaritmos de logaritmos y antilogaritmos de antilogaritmos» y copiémoslo», y copio un cuadro de progresiones para deducir de allí la teoría de operaciones ultra-potencio-radicales.

En cuanto a lo de que las aplicaciones prácticas no las he hecho aparentes, estoy de acuerdo, pero ello no quita que las haya y entiendo que don Roberto habla de ese practicismo hermoso en que la Teoría de la Relatividad es práctica para la Astronomía, y no del practicismo vulgar (utilitarista) que ahoga las vocaciones y destruye las aficiones; un profesor mío me decía, a propósito de mi folleto: «Bueno, y con qué se come eso?», con un aire de práctico corriente, pero tales burlas no han dejado en mi ningún rastro y dichosamente sigo creyendo que no sólo las cuatro operaciones fundamentales son prácticas.

En alguna oportunidad tal vez haga ver las aplicaciones prácticas de esas teorías, pero prácticas en el sentido de que sirvan para algo aunque sea para una cosa que no se llame estómago, ni dinero, y que no sea vegetar, pasar.

Con respecto a lo de la cuarta dimensión, estoy de acuerdo en todo y aquí valdría más quedarme como en misa, pero sí debo decir que sobre el título «¿Existe la cuarta dimensión?» escribí manuscritamente algo así: «En este párrafo cometí, entre otros, el error... etc.»; ahora tengo ya un concepto mejor definido sobre esa cuarta dimensión en la que nunca creí, pero de la que ahora casi no dudo y que dicen ser el «Tiempo»; sin embargo, veo por ahí que: «Por muy fecunda que sea la teoría del universo de cuatro dimensiones, es difícil dejar de oir una voz interior que nos dice: «En el fondo de tu inteligencia bien sabes que una cuarta dimensión es un desatino.» (1)

Pero no debo extender tanto esta carta que ya es bien larga; sí quiero rogarle que en alguna oportunidad me gustaría que le diese albergue en su revista a algunas barbaridades que habré de decir sobre esa famosa cuarta dimensión, el tiempo, que por cierto Vincenzi pretende haber sido el primero en encontrar, pero que dicen fué hallada hace bastante tiempo.

Mucho le estimaría publicar esto en su revista, si lo cree conveniente; por lo que le adelanta mil gracias su servidor y ex-discípulo,

VITAL MURILLO.

(1) A. S. Eddington: *Espacio, Tiempo y Gravitación:* 1922, Calpe, Madrid-Barcelona, pág. 85.



MÉDICO.—Puede usted confiar su operación en mis manos, señora, que ni un centavo le costará.

MARIDO.—Anímate, mujer, que lo más que te costará será la vida.

(*Excelsior*, México, D. F). (Por GARCÍA CABRAL).

El tesoro

Llevo en mí lo mejor
de mi padre y mi madre, que en mí es vida gloriosa,
y lo mejor del hijo y de la esposa,
y así está en mí todo el amor.
Lo que en mi madre fué belleza
y en mi padre vigor y nobleza,
en la esposa fé segura
y en el hijo ternura,
ilumina mi corazón
con esplendor absoluto,
como la talla que al diamante bruto
en sesenta y seis rayos le da la perfección.

Llevo en mí la Patria entera,
que es una dulzura cordial,
como la miel del panal
lleva en una gota la pradera.
Llevo a los días por claros testigos
de mi honrado y cuerdo afán,
y llevo la amistad de los amigos
como el cesto lleva pan.
Llevo un doblón de luna en mi cofre abierto,
y la cebada del asno muerto
en el saco roto del refrán.

Llevo en la leve nieve de mis cabellos grises
la serenidad de alturas ulteriores.
Llevo la inmensidad del mar y de los países,
como una pompa de jabón los colores.
Y por tu gracia llevo, oh Bien Amada,
ya que alcancé, penando, a merecerla,
en mi amargura desasosegada,
tu cruel amor cicatrizado en perla.
Terrible amor que en lo hondo de su encierro
dió temple de heroísmo a la ventura,
con la viril fidelidad del hierro
que besa hiriendo y que con sangre jura.

Llevo en lo profundo
de mis ojos, millares de soles y estrellas,
con que me revelaron la hermosura del mundo
los días claros y las noches bellas.
Llevo los espíritus esenciales
con que siento dilatarse mi seno
en la felicidad de los rosales
y en tu aroma de sándalo moreno.
Así mi olfato resume
todo el perfume
que supe aspirar;
y como total primicia,
llevo en mi gusto la delicia
del beso, el vino y el manjar.
Fluída por mis cañas rusticanas,
llevo en mi oído toda la armonía;
y en juvenil perpetuidad lozanas,
redondea mi tacto las manzanas
del Edén que de nuevo perdería.
Llevo el ingenio y la filosofía
de los libros que me dieron su ciencia.
Y cuando la borrasca nieva y bufa,
tengo la experiencia
que es la carretada de leña de mi estufa.

Llevo la adversidad
que en mi íntima copa escancia
el bálsamo de la tolerancia
y el elixir de la piedad.
Llevo la constancia,
compuesta de firmeza y de humildad,
como el bronce se forma del estaño y del cobre,
y me llevo a mí mismo como a un hermano pobre
que trabajó sin suerte pero con dignidad.

Mísero y rico, yo soy ese tesoro,
como lo eres tú, lector,
con tu pena y con tu amor
que te dan la mirra y el oro.
Por eso es bella la vida
y digna de todo canto,
y por eso valen tanto
tu íntimo diamante y tu perla escondida.

No angusties lo breve de tu vida dichosa,
con el enigma que en la tumba empieza.
Aprende, hojeando el libro de la rosa,
que el destino total de su belleza
la flor lo alcanza con morir hermosa.

La verdad de las rosas es la buena.
Fulgura en su santuario el dios tremendo;
mas todo templo, al fin, se hunde en la arena...
sólo las rosas siguen floreciendo.

Nó arriesgues tu oro en complicada alquimia.
Sea una noble sencillez tu fuerza.
Y para que tu mosto no se tuerza,
bébetelo todo, antes de la nueva vendimia.
Que una ebriedad ligera tu alma encante
con su llama dichosa y fútil.
La vida es una copa declinante,
que si no apuras, se derrama inútil.

Y esa copa que es lo mejor del tesoro,
así que la hez de su licor te vierte,
se te vuelve completamente de oro,
como toda copa digna de dar la muerte.
Entonces, sobre cuanto has padecido,
y has amado y pecado,
leve como la tarde sobre el prado,
cae el perdón supremo del olvido...

...Y ésa es tu redención. Si has bien amado,
qué más puedes querer que haber vivido.
Sólo el que no amó bien se ausenta triste.
En ti están la victoria y el contraste.
Nadie disfruta el beso que no diste,
ni la ventura que te malograste.

Amar es todo el destino,
todo el bien y todo el arcano.
Y la pasión que te envilece humano,
revela en tu alma lo divino,
como encarna su rayo diamantino
la estrella en el nenúfar del pantano.
Tu humana imperfección da fortaleza
a la misma virtud, con ser divina,
cual siembra, más sabroso en su impureza,
pecas de oro el salvado entre la harina.

El amor es atroz como el infierno,
candente sed, que no deleite blando.
Mas sólo es digno del amor eterno
aquel que sabe condenarse amando.
Deja a los dioses en su paz suprema
o en su olímpico hastío, que ellos también un día,
deponiendo cetro y diadema,
abandonan por Leda o por María.
Es buscarle fondo al abismo
indagar el secreto de la eternidad.
El tesoro se halla en ti mismo
y es amor, dolor y bondad.

De los racimos que el amor te brinda,
te exprimirá más ciencia que los sabios
la que a envidiada esclavitud te rinda,
porque fué generosa de sus labios.

A tu sedienta imperfección sincero,
en la conformidad que nada arredra,
verás cómo el dolor, tenaz pocero,
saca el agua entrañable de tu piedra.

Y la última bondad de tu alma pía
será cual la hoja, que marchita ya,
cae, alfombrando de oro todavía,
la senda en la que nunca volverá.

Leopoldo Lugones

(La Nación, Buenos Aires)

EL AMOR A LOS NIÑOS

Un Alcalde de catorce años para Nueva York

SON los Estados Unidos el país de las mujeres? Sí. Pero con igual propiedad podría decirse que es el país de los niños. Es en realidad el país de las mujeres y de los niños.

Los 365 días del año son en los Estados Unidos los días de los niños. Pero como si esto fuera poco, se ha consagrado además una semana especial que se llama «la semana de los niños».

En los pueblos hispanos no se quiere al niño menos que en Norteamérica, ¡qué va! pero se les trata de otra manera. Es lo más frecuente oir a los mayores decirles a los muchachos: «los niños no hablan en la mesa», «los niños no deben mezclarse en las conversaciones de los grandes». Allá ocurre lo contrario; a menudo tienen que callarse los grandes para que hablen los chicos.

El niño goza en los Estados Unidos de casi todas las prerrogativas del hombre. Puede verse a los niños manejando automóviles. Podrá verse a las chicas de la escuela superior y aun de la escuela elemental con sus compañeros de la misma escuela que las llevan a danzas y teatros.

Bien ¿qué más privilegios puede tener un niño? ¡Oh! Muchos más. Un niño, por ejemplo, Eddie Meehan, de catorce años, ha sido elegido alcalde de Nueva York por un día. Y fué alcalde ese día, se sentó a la mesa del primer funcionario de la ciudad y fué tratado y respetado como un alcalde de verdad.

Los demás puestos municipales fueron también desempeñados por niños durante un día. La ciudad de Nueva York fué gobernada por niños.

En las escuelas, los niños se hicieron cargo de la dirección; uno fué director, otros fueron profesores. Actuaron como jefes y fueron obedecidos como tales.

El Hotel Mac Alpin y el Pensilvania fueron administrados durante un día en sus diversos departamentos por niños. Aun grandes organizaciones comerciales fueron administradas por menores durante un día.

Fué algo así como si se les entregara la ciudad en sus actividades oficiales y privadas a los pequeños; se ha querido darles la ilusión de que eran los amos y señores; se ha querido enseñarles a ser grandes.

Y los muchachos lo toman todo serio. El retrato del alcalde infantil se publica en todos los diarios y su plataforma política también: He aquí el programa de este alcalde niño.

«Mi plataforma es: El niño primero: el niño último y el niño siempre, porque creo que el niño es la piedra fundamental sobre la cual descansará el futuro de esta ciudad.

»Deseo más lugares donde pueden jugar los niños para que no tengan que exponerse en las calles llenas de vehículos.

»Creo que debe aumentarse el presupuesto de educación pública, para que ningún niño tenga que asistir a la escuela sólo una parte del día.

»Creo que esto es conveniente porque llegará a reducir los impuestos, pues así se desarrollará un tipo superior de hombre para el futuro.

»Creo que todo lo que hagamos en favor de los niños y de las niñas es básico y esencial y debe ser la consideración capital de los que distribuyen los fondos públicos».

Y el programa del alcalde infantil sigue por ese estilo.

No puede negarse que en todo lo anterior hay algo de útil y mucho de bello.

Lo útil está en la enseñanza que esto encierra para los niños. Lo bello está en que por un día a lo menos, los niños se sienten grandes sin el peso de la responsabilidad de los hombres. Es un juego, en que todos toman parte, grandes y chicos. En realidad los niños se sienten hombres y los hombres se sienten niños.

Todo lo anterior sería casi imposible hacerlo en nuestros pueblos de alma hispana, de alma latina. Nosotros no tomamos nunca a los niños en serio. Y el hombre cree perder su dignidad si pone su espíritu al diapasón del espíritu infantil.

Creemos que importancia y gravedad son sinónimos. Yo diría que son cualidades opuestas.

Se ha dicho que los americanos tienen un espíritu infantil: quizá sea ese el primer secreto de su triunfo.

El amor a los niños es el primer paso para la grandeza de los pueblos.

(Cromos, Bogotá, Colombia)

El niño EDUARDO MEEHAN, de catorce años de edad, quien fué elegido entre los 400.000 alumnos de los colegios de Nueva York, para Alcalde —durante veinticuatro horas— de la ciudad más grande del mundo. Durante un día el niño Meehan pudo dar un vistazo a las necesidades de la inmensa urbe.

Glosas

«*PABLO Y VIRGINIA*»

SE aludía en glosas precedentes[1] al influjo que un día hubo de ejercer *Pablo y Virginia*, propagando el gusto por el exotismo en nuestra sensibilidad y en nuestra sensualidad. Decimos sensualidad al lado de sensibilidad: pocas lecturas tan turbadoras, en efecto, para imaginaciones un poco finas y un poco castigadas, como la lectura de este libro, tenido por casto, pero embebido en realidad de una secreta lascivia...— Hay *libido* siempre, en Bernardin de Saint-Pierre; *libido*, si no de la virgen desnuda, de la flora opulenta, de la hoja carnosa y de la fruta obesa y viciosamente azucarada.

Cuando Bernardin de Saint-Pierre aprendía a leer, una buena señora, noble y arruinada, le regaló un ejemplar del *Robinson Crusoe*. En Robinsón y en las emociones de lejanía ensoñó largamente el niño, criatura delicada y tímida, malcriada por mimos de una madre sentimental y de una criada vieja. El poso de estos ensueños, acrecido por contemplaciones meditativas de viaje y de mar, por tiernos amores y múltiples aventuras, subía a superficie cincuenta años más tarde, al publicarse, como continuación de una serie (destinada por el autor a traer con la descripción exaltada de las mara-

(1) Véase el *Repertorio* Nº 17 del tomo en curso.

villas de la naturaleza, una demostración indirecta de la existencia de Dios), el relato de los tristes amores de dos niños, maravillosamente enternecedores de inocencia, en la alcoba verde de una isla de los trópicos. Esto acontecía en 1789, año famoso para el idilio y para la Revolución.

¡Qué momento en la cultura de Europa! Doblemente, la historia de la literatura y de las ciencias han guardado rastros de lo que pudo ser aquella commoción profunda, extendida a todas las capas de la sociedad. Hubo en la difusión algo de contagio y delirio. Las mujeres enloquecieron en esta narración de sencillez y ternura. Gustaron letrados y amigos de las letras de aquel estilo muelle, alternativamente cruzado por impetuosos ardores y por languideces sabrosas. Para los mismos sabios, parecieron abrirse perspectivas muy gratas; y el valor atribuído a las descripciones botánicas contenidas en la novela fué tan grande que pudo poco después llevar al autor a la academia de Ciencias y a la dirección del Jardín de Plantas, de París. Todo el mundo se embriagó en aquellos licores de amor y de paisaje, de pureza virgen, de infancia mórbida. Todo el mundo derramó lágrimas dulcísimas, ante el infortunio de los tiernos amantes. Las madres bautizaron, por mucho tiempo, a sus recién nacidos con el nombre de Pablo o bien el de Virginia. El pintor Horacio Vernet encontró en esa lectura el secreto del sentimiento de paisaje. La encantadora condesa d'Egmont sintió nacer en su pecho una vocación imprevista de vida salvaje y de soledad. Las mismas almas que, menos dispuestas o más frías, resistieran a la predicación filosófica de Juan Jacobo, viéronse por fin vencidas, del lado del corazón, ante esa prédica, más disimulada y, a la vez, más acequible, que no empleaba por instrumentos de demostración otras armas que la turbación morosa de una historia sentimental y el halago acústico de una prosa columpiada.

¿Cómo la sociedad pulida que aun se acordaba de Racine, podía resistir a la sutilísima corrupción, traída por tan intensa sacudida literaria, a la cultura del mundo?—Berenice había bebido sus lágrimas, bajo el dominio del imperativo clásico de la decorosa conveniencia; Fedra regulaba en la decencia los latidos que desordenara la pasión... Pero alivia más al pecho atribulado que corran, fluentes, la lágrimas. Y el barroquismo, que iba ya tornándose romanticismo, recogió y adoró, como reciente, con todo el poder de lo eterno, el grupo delicioso de Pablo y Virginia, de las dos madres viudas y de los buenos negros, mecidos en los brazos del propio dolor, en la cuna de una naturaleza cálida, bajo un dosel de pomposas palmeras y de meteoros...

Un nuevo remanso en la corriente nostálgica reflejaba ahora la no cerrada limpidez de cielos azules y lejanos. Una nueva versión del Paraíso perdido había sido inventada, para alta embriaguez y para incurable melancolía de los hombres.

CAMPER Y BLUMENBACH

Si Bernardin de Saint-Pierre era además botánico, Camper, el antropólogo, se preció de filósofo y de artista también. La historia de las ciencias conoce a una generación de naturalistas que tradujo un día a su manera las inquietudes de la idealidad barroca. Después de los Buffon y los Linneo, decoradores y clasificadores de la naturaleza, guarda-paseos sublimes, pedagogos y enderezadores de flores, y troncos, aplicadores pacientes de rótutulos a cada ejemplar, un Camper o un Blumenbach son hombres del mismo momento que Rousseau, con parecida actitud a la de él ante la vida; turbados hondamente por la variedad, atentos, no sin cierta oscura preocupación y estremecimiento, a todo lo que es primitivo y salvaje—soñadores de la libertad del jardín inglés, contra la académica policía de los huertos botánicos.

Camper y Blumenbach fueron los primeros en hablar de *razas humanas*, en el sentido moderno de la expresión. En rigor, hasta ellos, el tema había permanecido casi intacto. Buffon todavía no consideraba en las razas sino diferencias de color. Y aun la razón de esas diferencias y su calidad pigmentaria no fueron hasta Blumenbach conocidas. En otro aspecto, Camper fué el primero en precisar seriamente las relaciones y diferencias de estructura entre el hombre y el mono. Estudio verdaderamente fecundo, no sólo en consecuencias científicas, sino en cambios de la cultura en general.

Como en la política, en estas revoluciones científicas, la fuerza extrema empuja a las fuerzas intermediarias a ocupar lugar dentro de la legalización de lo establecido. A través de la obra de Camper, el mono *empuja* a todas las razas inferiores de hombres a entrar por derecho propio dentro de una noción más amplia, más comprensiva, más simpática, de humanidad.

Era este Blumenbach, por otra parte, un espíritu muy curioso. Nadie antes que él había mirado con simpatía al *ornitorinco*, la bestezuela extraña que lleva su osadía hasta el punto de burlar, con el ejemplo de su propia estructura, la rigidez de la clasificación zoológica, la separación dicotómica de caracteres entre mamíferos y aves. En el majestuoso *Systema Naturae*, de Linneo, donde la sinopsis de la creación aparece apaisada en unas cuantas páginas y con tanto aplomo, el gran clasificador diríase que nos aparece como personalmente molestado por la existencia de algunos animalucos—así el murciélago, así la ballena, así el ornitorinco—que se empeñan en escapar a la perfección de las bellas simetrías distributorias; y, como para castigarles, les encerró a todos juntos junto al ángulo inferior e interior de una de las grandes páginas en folio del *Systema* (tengo a la vista la reproducción, hecha hace algunos años por la Universidad de Upsala, de la edición original), como quien encierra en una jaula, en un cuadro tipográficamente delimitado por el contorno de un doble filete, en contraste con la abierta liberalidad de las llaves sinópticas en que los seres mejor educados se agrupaban; y puso allí, a manera de un rótulo infamante, la inscripción *Paradoxa*... Blumenbach adivinó que no había tal paradoja. Su simpatía se extendió y dejó absueltas a esas extravagantes criaturas del Señor. Adivinó — descubrimiento profundamente romántico — que la *extravagancia* no era una simple *vagancia*, sino una *gravedad* hacia un centro distinto que el acostumbrado y ordinario. Gran equivocación, considerar siempre ligero al no atraído por lo que a nosotros nos atrae. Gran impiedad, juzgar fuera de ley a quien obedece una ley distinta de la nuestra.

El día en que Blumenbach abrió su jaula simbólica al pobre ornitorinco, ya era de esperar que se abrirían paralelamente jaulas más materiales. El médico Pinel, la del pobre loco de la Salpetriére. El barón de Beccaria, la del pobre recluso de los *plomos* italianos.

EUGENIO D'ORS.

(*A. B. C.* Madrid).

Lo que se ve desde lejos

La época es dinámica. Colombia, para marchar de acuerdo con la época necesita trazarse un plan de acción y llevarlo a la práctica vigorosa y resueltamente. Mas, para realizar un plan ejecutivo es indispensable que el Estado cuente con medios suficientes. La escasez de recursos ha sido siempre el mayor obstáculo con que han tropezado las administraciones públicas colombianas. Para destruir ese obstáculo hay que crear rentas, reformar el régimen impositivo, preparar presupuestos obedeciendo los dictados de la ciencia económica moderna.

Mientras no se haga eso, será inútil cuanto se diga por la prensa pidiendo la construcción de ferrocarriles, el aumento de los elementos de la defensa nacional, el fomento de la agricultura y de la industria, la extensión de la instrucción popular, el desarrollo de la inmigración, etc. Mientras no haya rentas, no se podrán contratar empréstitos en condiciones favorables ni se cimentará el crédito público, indispensable a toda nación civilizada.

Hay que encarar valientemente el problema, colocando el bien de la Patria por encima de las mezquinas aspiraciones de bienestar personal. La solución de ese problema no exige, por otra parte, exagerados sacrificios. En América, Colombia es el país cuyos habitantes pagan menos impuestos. En la Argentina, Chile y Cuba, cada habitante abona por contribuciones al Estado cuatro veces más que en Colombia. ¿Es que los colombianos tienen menos capacidad contributiva? De ninguna manera. Lo que pasa es que en nuestra patria aún está todo por hacer en materia de finanzas.

Esto no significa, ciertamente, que se deba gravar a la población de golpe. Hay que proceder con cordura, evitando, sobre todo, aumentar los impuestos de consumo. Se debe establecer un impuesto progresivo sobre la herencia, reformar con criterio democrático y científico el impuesto a la renta, crear un impuesto al mayor valor de la tierra; en una palabra, establecer gravámenes que recaigan lo menos posible sobre aquellos que no tienen más fuente de recursos que su modesto trabajo.

Es cosa averiguada que los impuestos obligan al que ha de pagarlos a multiplicar sus esfuerzos y a desplegar mayor actividad. Constituyen, pues, un verdadero estímulo para la acción colectiva. Desde luego, en esto, como en toda medida de carácter público, hay que contar con la buena voluntad del pueblo. La buena voluntad en este caso no sería sino una prueba de amor al país y de deseo de que progrese y se enriquezca.

Es un lugar común aquello de que Colombia, por su población, por su cultura, por sus riquezas naturales, está llamada a ocupar un puesto de primera fila entre las naciones de nuestro Continente. Tenemos que luchar por que la idea que esa frase encierra deje de pertenecer al campo de la fácil literatura periodística y se convierta en una realidad. Esa lucha es un deber primordial de todos los ciudadanos, especialmente de los que se encuentran al frente de los destinos del país.

Permítaseme recordar aquí lo que dije hace ocho años en «El Pensador» (cap. XXV): «Esta preocupación de lo venidero no puede tenerla sino un gobernante que conozca su responsabilidad, que sepa qué es lo que de él se espera, y se proponga realizarlo. El gobierno es una batalla por la prosperidad y el poderío. Gobernar es crear. En ciertos momentos gobernar un país es lo mismo que fundarlo».

El partido liberal es la única fuerza que puede, por sus principios y por su arraigo popular, satisfacer en Colombia las exigencias de estos tiempos dinámicos, y necesita ponerse a la altura de la obra de renovación y de creación que necesita la República. Mas para que el partido lleve a cabo la patriótica tarea de inculcar al pueblo ideas de progreso efectivo y de orientar al país por nuevos y mejores rumbos, ha de tener, no una dirección dictatorial, sino una dirección de pensamiento. Los partidos, como los pueblos, degeneran bajo la dictadura.

PEDRO SONDEREGUER

(*El Tiempo*. Bogotá).

La vida de las plantas

¿Existe la selección natural?

HABITUADOS a creer en la selección natural como en una verdad, nos causa cierto dolor tener que confesar, después de tantos años de observar la naturaleza, que presenta los hechos desnudos y terribles, que no hemos salido con aquella verdad luminosa sino con un profundo desaliento.

El constante mejoramiento no existe en el mundo vegetal y animal como una tendencia de la naturaleza; no hemos podido nunca sorprender en una planta el más simple fenómeno natural que nos revele que esa planta va perfeccionándose y en cambio, es necesario decir que la eterna regresión se manifiesta.

Ya lo decíamos anteriormente: lo que hace progresar al vegetal es la inteligencia del hombre; mas, si el hombre abandona su atención o vigilancia, pronto la planta vuelve a su estado primero.

Hemos llegado a creer que la naturaleza debía interesarse por el fruto carnoso o dulce o por la flor hermosa y perfumada y esto, a través de los siglos, se nos muestra como una falsa apreciación.

La naturaleza parece que quiere conservar la vida, mas los detalles de la flora no nos muestran que quiera mejorarla.

Si después de un gran trabajo se logra hacer de un árbol frutal un productor de fruta selecta y se le abandona, pronto él vuelve a descuidar su fruta, que es un interés del hombre, para cuidar su vida, que es un interés del árbol.

Si se obtienen de un rosal flores de maravillosa hermosura y se le abandona luego, pronto aquéllas serán rosas sin belleza, sin tamaño, sin perfume.

Sembrado de maíz un campo, parte

con semillas muy selectas y parte con semillas de un valor muy relativo, y sometida la milpa a un intenso cultivo, hemos visto que no es posible notar diferencia.

En otra parcela, descuidada hasta cierto punto, el maíz de semilla muy selecta, dió, o va dando, un resultado mediano.

Y si se descuida la buena semilla y el buen cultivo, pronto aquel maíz, o la planta de que se trate, vuelve a convertirse en planta poco estimable.

Eso en las plantas; en los animales pasa igual cosa.

Una vaca de raza muy escogida, gran productora de leche, exige cuidados especiales; el día que esos cuidados, en trato y alimentación, no se le dan, la vaca disminuye su producción, pierde belleza y tiende a convertirse en lo que antes era.

Un gato doméstico, amigo de la casa y de la gente, tirado a la montaña es, al muy poco tiempo, una fiera como cualquiera otra.

Las abejas que son en un colmenar mansas, laboriosas y bonitas, al volver al estado rústico, se hacen muy agresivas, cambian de aspecto y se convierten en perezosas.

Si la selección natural existiera, ninguno de esos fenómenos, que son unos pocos entre los miles que podríamos citar, se produciría.

La selección natural, si existiera, habría eliminado ya a los productos mediocres.

El hombre sí puede seleccionar, pero esto debe hacerse constantemente porque la selección carece de valor permanente.

Eso que decimos de las plantas y de los animales se refiere al hombre también: la llamada civilización es obra de cada día y con sólo que se descuide, la regresión se manifiesta.

Nos habían dicho que la selección natural está basada en el afán de vida o lucha por la existencia y esto tampoco lo hemos podido constatar en el reino vegetal.

En el hombre, en virtud del egoísmo, la lucha existe cruda y terrible; en los animales es menos y en las plantas, si acaso existe, es tan débil que no puede notarse.

Hay un afán por la luz, pero esto rara vez se traduce en lucha a muerte.

Si la lucha existiera, veríamos a estas horas únicamente vegetales de gran potencialidad y habrían desaparecido desde ya hace tiempos, los seres simples o débiles. No sucede así.

No necesitamos explicar gran cosa; aquel que haya entrado a una selva virgen donde árboles seculares, desde tantos siglos nacidos, viven en compañía de musgos, helechos, líquenes, orquídeas, lianas, etc., puede fácilmente comprender. El líquen cubre al viejo árbol, la orquídea se columpia en sus ramas; por ellas, como una serpiente, van trepando las lianas. No se nota allí fatiga, ni lucha, ni muerte.

Las plantas cultivadas sí desaparecen, pero esto puede deberse a que el cultivo ha hecho desaparecer en ellas las condiciones naturales que las capacitan para la vida primitiva.

Algunas no perecen sino que se adaptan.

Al hombre civilizado le sucedería algo semejante si fuera colocado, un día cualquiera, en el centro de una selva.

Alguna vez un organismo vegetal arruina a otro, pero no siempre es el más débil quien perece.

¿Conocéis el *matapalo*? Es bien débil y muchas veces muere en sus «manos» un potente árbol.

O no existe la supervivencia del más fuerte, o es que no comprendemos cuál es el más fuerte.

¿Será el que mejor se adapta?

Entonces, el más simple organismo vegetal o animal es, en realidad, *el más fuerte*.

JUAN J. CARAZO

Un rayo de luz en la sombra

Cuando el mundo se agita en medio de terribles pasiones y los hombres afilan sus uñas para defenderse de infinitos peligros sociales y revolucionarios, surge un caso emocionante de generosidad. Un caso que inunda de esperanza el alma, combatiendo el propio escepticismo que fué naciendo, poco a poco, al calor de una colectiva maldad humana.

El hombre inicia a veces—, mísero gusano, pigmeo en la enorme amplitud terrestre—, un elegante vuelo de águila, que se encara audaz con el sol. Una frase, una promesa, un ofrecimiento, pronunciados con lágrimas en los ojos, y una suprema vibración espiritual, nos afirma rotundamente que no es un sueño de poetas la fraternidad predicada por el Rabí el Galilea. Y todo lo feo o torcido nos parece menos feo y torcido, y lo hermoso, sublime.

Un poeta—, Saint Paul Roux—, nos da a conocer el hecho en un artículo publicado en un diario de Brest. El pintor Lemordant se quedó ciego recientemente. Lo que en cualquier ciudadano hubiera sido una desgracia, en un artista del color es una tragedia. La vida, en una de sus ironías paradójicas, ha quitado al arte uno de sus más ilustres maestros. El que recogió con sus pinceles la belleza multiforme y cromática de los paisajes de Bretaña; el que retuvo en la retina los bravíos encrespamientos del mar o las calmas serenas del agua en las noches de luna; el que dedicó su vida a recoger en el santuario de su espíritu las emociones de la perspectiva para inmortalizarlas luego a través de un temperamento original, ha entrado en el reino de la sombra cuando todavía late su corazón... Cierto que por esta dolorosa circunstancia su luz interior no se apagó y que quizás ahora luce más radiante; pero, ¿acaso el medio de expresión no quedó anulado?

Beethoven, sordo, siguió componiendo sus maravillosas sonatas; el sonido, en su mágico ritmo, siguió esclavizado al genio. La inspiración puso lo demás.

Lemordant, ciego, es un muerto que camina, mordido por los perros rabiosos de la impotencia y de la melancolía. Los días pasados al pie del caballete con la febrilidad del creador ya

no volverán más; los días de triunfo en que se vive con una intensidad de años se alejaron, cascabeleros, en busca de otros luchadores; las horas de amor con mujercitas románticas e inteligentes, en la penumbra agradable del suntuoso y elegante estudio, huyeron para siempre a refugiarse en brazos de los que no bebieron el cáliz amargo del fracaso. Lemordant, roto, transido, inundado de dolor, sólo habrá pedido suplicante el beso frío de la dama del manto negro, niveladora, que nos lleva enamorada a la paz de los campos mortuorios llenos de silencio y de recuerdos.

Y había, sin embargo, una solución para el pobre pintor ciego. La Ciencia, enemiga terrible de la Muerte, vela por la felicidad de los humanos. Podía ver de nuevo. Sólo era preciso la generosidad de un sacrificio fraterno. Y llegó magnífico, radiante: un hombre, un periodista, hizo la ofrenda, asombrando a los pobres egoístas, incapaces de un gesto divino de sublime desinterés...

No es siquiera compatriota del artista. Pertenece a otras tierras y otros cielos. Lo indudable es que posee un espíritu cultivado en el luminoso surco de las emociones puras y no está atado a los viejos prejuicios de una sociedad podrida. Tal vez es un fervoroso admirador del arte en su inmenso valor educativo y como medio de absoluta perfección moral. Sólo así ha podido ofrecer uno de sus ojos a Lemordant para cuando pueda hacérsele el injerto.

¡Luz en medio de tantas sombras de ignorancia, de perversión y de pasiones que asolan al mundo! Porque, para colmar el vaso de su grandeza impar, ese periodista extranjero exige que su sacrificio no tenga el vanidoso reclamo de un nombre y unos apellidos... El bien es anónimo.

He aquí un tuerto ilustre para el que deseamos la dicha de que no llore jamás. En adelante, los cuadros de Lemordant, ¿no tendrán algo del espíritu de este moderno Quijote, que, mísero gusano y pigmeo en la enorme amplitud terrestre, tuvo un elegante vuelo de águila, que, audaz, se encara con la grandeza de los dioses?...

LÁZARO SOMOZA SILVA

(*La Libertad*, Madrid).

SILUETAS

El farol

La simulación de algo que no se tiene es flaqueza común a todos los pueblos y climas. Riqueza o talento finge el fatuo, penuria el avaro, virtud Tartufo, valor o fuerza el baladrón tembloroso. La vida es como un juego de envite, en que todo el mundo miente sobre lo que tiene en la mano, en el cerebro o en el corazón, unos por más y otros por menos, pero casi siempre más con el propósito de disimular lo que falta que lo que sobra. El juego puede tener grandeza trágica en un campo de batalla y delicia cómica en una plazuela. Pero a veces no es cómico ni trágico, sino estúpido: cuando todos los jugadores están en el secreto del juego.

Si se juzga por la riquísima producción que las copiosas variedades de este tema del fingimiento han dejado en nuestra literatura y en nuestro lenguaje, España debe ser uno de los países más fértiles en la jactancia, la fachenda, la presunción y la baladrona. El teatro, la novela y la lírica rebosan en personajes infatuados por una ficción u otra. Esas creaciones bufas eran con frecuencia las predilectas de nuestros grandes escritores. Sabido es que uno de los sonetos suyos que más prefería Cervantes era aquel que empieza:

Voto a Dios, que me espanta esta grandeza,

y acaba con la magistral silueta del valentón:

Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése y no hubo nada.

El tema se repite en otras obras de Cervantes, por ejemplo, en aquel otro soneto de «Un valentón de espátula y gregüesco», que quiere lograr limosna en fuerza de brabuconería, y concluye así:

Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suelo hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

De todas estas ficciones materiales o morales, la favorita de los españoles es la que se refiere al valor o arrebato del ánimo, a juzgar por el gran número de sinónimos que enriquece nuestra lengua, acaso la más rica en el género. He aquí algunos: baladrón o baladrero, bravucón, papelón, fanfarrón, farol, perdonavidas, baratero, fachendoso, valentón y otros. Todos designan el mismo concepto, que es la simulación de valentía o fuerza, contando siempre, naturalmente, con la cobardía o prudencia del prójimo. Cuando el prójimo no es prudente o

Hemos recibido

Señor:

Tengo el gusto de comunicar a Ud. que, según acuerdo tomado por los miembros del Patronato de la *Colonia Escolar Permanente*, en sesión celebrada a las nueve y media horas del día veintiocho de agosto de 1923, la Junta Directiva de esa Institución quedó organizada así:

Presidenta, señorita Esther de Mézerville; Vicepresidenta, señora doña Jenarina de la Guardia; Secretaria, señorita Angela Acuña; Pro Secretaria, señorita María Isabel Carvajal; Tesorera, señorita Estela González; Fiscal, señora doña Auristela de Jiménez.

Vocales: Señora doña Marcelina de Loría, señorita Ana Rosa Chacón, señorita Corina Rodríguez, señorita Lilia González, señor Profesor don J. García Monge, señor Dr. don Solón Núñez, señor don Roberto Brenes Gudiño, señor don Fausto Coto M., señor don Francisco María Núñez.

La Secretaria,

ANGELA ACUÑA.

San José, 28 de agosto de 1923.

cobarde, el farol, o renuncia a su papel, y la escena acaba en sainete, o lo mantiene por vanidad o por prolongado gusto del disimulo, y la escena puede concluir en tragedia. Muchas violencias son obra del ridículo que puede derivarse de una fanfarronería dejada a medias. Hay mucho valiente a la fuerza, por miedo a la revelación de su cobardía.

El campo social más propicio a la simulación de cualidades o posesiones efectivas es la política, singularmente en aquellos países, como España, donde está ausente, o carece de medios de expresarse, la opinión pública, que es como decir la fuerza de una nación, fuerza que, en última instancia, es la única positiva y la que decide con su peso todos los pleitos. Donde no hay, o es tácita o pasiva, opinión pública, todos los faroles políticos fingen poderes imaginarios para atemorizar e imponerse a los rivales. Unos fingen el favor del príncipe; otros, el favor del pueblo; éstos, el apoyo del Parlamento, aquéllos, el sostén del Ejército. Son jugadores de envite que viven en perpetuo *bluff*, echando al contrario fantásticos faroles. Pero detrás de las cartas todo es ilusorio y de cartón: las espadas, los caballos, los reyes, los triunfos. No hay de verdad más que el acaloramiento del juego y el temor de perder la partida por no farolear bastante; pero tratándose de jugadores avezados y en el fondo correctos, no haya cuidado de que lleguen a las manos.

El farol—especialmente en su acepción de hombre que juega con ficciones, echando faroles—es una de las siluetas más abundantes y perennes en el escenario de la vida española. El farol se da en todo; pero más que en nada, en el mundo político, en los envites por el Poder público. Todo, por ausencia de la opinión pública. Así, los que la aherrojan y amordazan por todos los medios, desde la cárcel hasta la censura previa, se encuentran un día expuestos al pánico de un farol de espadas, y las espadas, delante de un farol de reyes. Pero el público—el espectador—, sin derecho a intervenir en la partida y a decidirla, bosteza de tedio. El farol sólo deleita en el sainete franco, en la franca tragedia.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz*, Madrid).

No es posible el ejercicio del sufragio consciente sin la existencia de partidos políticos con ideales firmemente delineados y aspiraciones de gobierno claramente expuestas. Las masas populares movidas sin la inteligencia de los partidos políticos, producen fatalmente el gobierno personal, la dictadura.

Cayetano Coll y Cuchí

La revancha de Unamuno

ME la ha contado un admirador suyo, retrógrado; no, naturalmente, español, sino francés. ¡Por qué vías extrañas se cumple el destino! La revancha del rector destituído de Salamanca ha pasado en la capital de Auvernia, Clermont-Ferrand, la ciudad en donde hace unos trescientos años nació Pascal. Había ido allí el Presidente de la República con sus ministros, los sabios de las Academias y los profesores de las Facultades. Estaba también la fuerza, en la persona de un mariscal de Francia. La más alta representación oficial del Poder y de la inteligencia había sido empaquetada en el carro del Estado para ir a poner por unos momentos de recuerdo, en la capital de Auvernia, a una de las capitales de Europa, del universo. Blas Pascal, a este propósito, le hubiera plagiado un pensamiento escéptico a Montaigne, escribiéndolo con mucho más rigor.

Por la mañana, en lo alto del Domo, donde el cuñado de Pascal hizo la experiencia pascaliana de subir un tubo que había dado a conocer Torricelli, el barómetro, con lo que Pascal dictó las leyes de la gravedad del aire, el matemático puro Sr. Painlevé explicó todo lo que la física debe a las matemáticas de Pascal. Por la tarde, en un jardín de la ciudad, un discurso de Mauricio Barrés, con un título de gesta, evocó las «Infancias de Pascal»: el espíritu de Pascal es el de sus mayores, viene a decir a Barrés. Ya hace tiempo que Barrés habló en otro discurso, más literario que católico, de la «angustia de Pascal». Después habló, en el jardín de los niños de Clermont-Ferrand, el ministro de instrucción Pública, Sr. Bérard. Habló del Pascal científico, literario y religioso.

Y como con esto no había dicho todo, en un momento que quiso decir más, fué a coger en el número extraordinario que, con firmas escogidas de todo el mundo, ha publicado sobre Pascal la «Revista de Metafísica y de Moral», una frase de Miguel de Unamuno. Hace meses, en el homenaje cosmopolita de otra revista de París a un nuevo escritor francés que se trataba de aquilatar, era Ortega y Gasset quien se llevaba la palma. Que en estos días de agitación patriótica piense cada español si, al confrontarlas con las de afuera, las demás clases directoras de España están a la altura de los llamados tanto tiempo, hasta con desprecio, intelectuales. En cuanto a Pascal, cuya obra maestra, las cartas a un «Provincial», fué la polémica irrebatible, aunque no del todo justa, contra los casuístas españoles, nada más a propósito que hacer reservas sobre la interpretación casuística de Unamuno como sobre la «angustia» literaria de Barrés.

El deber en éste, como en todos los casos, de hacer caso omiso de reservas semejantes para señalar el valor europeo que va adquiriendo el escritor español, no puede ser más agradable. No hace falta tener mucho espíritu pascaliano de pasión por la verdad para apasionarse por la revancha que un ministro extranjero de Instrucción Pública ha dado, sin saberlo, al exrector de la Universidad de Salamanca, sacado de su casa—y de sus casillas—por el ministro patrio de Instrucción Pública, que, además, le trataba en el Parlamento con el desprecio más inconsciente.

CORPUS BARGA.

París y julio.

(*El Sol*, Madrid).

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

V. Cherbuliez: *El conde Kostia*, 2 vls.	¢ 2.00
Miguel de Unamuno: *Paz en guerra* (novela)	3.00
P. Henríquez Ureña: *Mi España*	4.00
R. Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	4.00
Pedro Prado: *Ensayos*	1.50
Pedro Prado: *La Reina de Rapa Nui*	1.50
Alberto Carvajal: *Ritmos breves*	3.00
Emilia Bernal: *Alma errante*	3.00
A. Fogazzaro: *Daniel Cortes* (2 tomos)	2.00
M. D'Aziaglio: *Mis recuerdos* (3 tomos)	4.50
R. Dozy: *Historia de los musulmanes de España* (4 tomos)	6.00
Cervantes: *Novelas ejemplares* (4 tomos)	4.50
C. Hispano: *En el Valle del Cauca*	3.00
Arturo Borja: *La flauta de ónix*	2.00
R. Rolland: *Nicolai y el pensamiento social contemporáneo*	1.25
Luis Carlos López: *Por el atajo*	5.00
J. S. Alvarez (Fray Mocho): *Salaro criollo*	2.50
Rodolfo Rocker: *Artistas y rebeldes* (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.)	4.00

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

SERVICIO DE INFORMACION INTERAMERICANO

El tímido capital

A propósito del impuesto sobre el capital que se propone establecer el Labor Party en Inglaterra, se ha alegado, para combatirlo y para impedir a tiempo que esta idea peligrosa se propague a los demás países, que el impuesto es absurdo y causará graves daños, porque asustará al capital, el cual, despavorido, irá a esconderse al punto nadie sabe donde. Se dice y se repite, con más frecuencia que nunca en estos días, que el capital es tímido como la violeta oculta entre las hojas.

Esto de la timidez del capital es una de las más estrafalarias, pero también una de las más aceptadas, invenciones contemporáneas; uno de los lugares comunes de cierta clase de periodismo, que sirven para cohonestar los siniestros apetitos de las clases exactoras y para engañar a los crédulos. El capital, según este concepto, es un ente pusilánime al que desconcierta y amilana el más remoto, el más vago, el menor de los peligros. Por consiguiente, nos dicen, importa mucho que nos mostremos suaves, complacientes y dóciles con el asustadizo capital, a fin de no ahuyentarlo con modales duros y descorteses, a fin de que se acerque, magnánimo, a nosotros, a prestarnos sus beneficios.

Pero como nos detengamos a meditar un punto veremos que ni el capital nacional de ninguna parte, ni el capital internacional, que es la mayor potencia política en los días que corren, han dado jamás muestra de timidez alguna; y que esa supuesta timidez del capital es mero arbitrio urdido y propagado con el propósito de disimular o desvanecer su verdadero carácter. Así vestido o disfrazado de timidez, el capital termina por producirnos la impresión de un ente bondadoso y afable, dispuesto a dispensarnos toda suerte de bienes y bendiciones siempre que nos encuentre postrados en una posición de mansedumbre que no le inspire desconfianza: y para no inspirarle desconfianza es menester que tengamos pintadas en el rostro señales categóricas de marasmo y de obediencia. Cuando el capital, sobre todo si es internacional, o simplemente extranjero, está bien convencido de que, efectivamente, poseemos la docilidad necesaria, entonces y sólo entonces hace un esfuerzo por vencer su profunda, su delicada, su exquisita timidez, y se acerca a nosotros. Pero si nos encuentra determinados a imponerle condiciones y a pedirle patrimonio, antes de ponernos a trabajar en beneficio suyo, huirá despavorido y nos dejará entregados para siempre a nuestra miseria. Al capital nacional es relativamente fácil imponerle condiciones, pero en tratándose del extranjero, y sobre todo, del omnipotente capital internacional, ¿quién le pone el cascabel al gato?

El hecho es que existe mucha gente que se traga esta especie de que el capital es tímido, a pesar de todos los testimonios pasados y presentes que la desvirtúan. El capital es la fuerza menos tímida, más audaz, emprendedora, violenta y desalmada que existe. Desencadena guerras, construye y derriba imperios, exalta o abate religiones, funda y deshace nacionalidades, dicta, corrige o veta las leyes de pueblos remotos. De todo esto tenemos ejemplos vivos en nuestra América y al lector no le será difícil reconocerlos. En cambio, el capital no paga, ni pagará impuestos: antes por el contrario, cobra, y seguirá cobrando tributos mientras exista. Sus tributarios no pueden negarse a pagar el tributo so pena de exterminio, puesto que el capital tiene en sus manos, organizada por él mismo, una formidable y disciplinada policía internacional: lo que se llama la fuerza del imperialismo. Jamás tuvo monarca alguno semejante poderío. El capital francés fué a la Rusia zarista con una gran confianza y un gran desenfado, a pesar de que era obvio que el régimen zarista era el menos estable de Europa a causa de sus violencias y atrocidades. Los empréstitos franceses iban a destinarse ostensiblemente a construir ferrocarriles estratégicos que aumentaran el valor y la eficacia de Rusia como aliada militar; pero en realidad gran parte del dinero que suministraron los ban-

---

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

queros franceses se empleó en debelar la insurrección de los esclavos moscovitas, en mantener al zar sentado en su trono de iniquidad y a los parásitos de la nobleza en el disfrute de sus privilegios. Las demasías, exacciones y estragos que ha causado en el mundo el capital inglés no hay para qué enumerarlos. Los capitalistas italianos, valiéndose de los procedimientos más censurables que registra la historia, han hecho dictador a Mussolini, un dictador que nada tiene que envidiarles a los más desaforados de nuestra América latina. El hombre más tímido de Alemania debía ser Stinnes: y es no sólo el más audaz sino también el más peligroso, y se atreve a cosas a que no se hubiera atrevido en sus días el mentecato de Guillermo segundo. Y a lo largo y a lo ancho del Caribe resuena el chillido de triunfo del águila imperial, que se cierne victoriosa en los aires, con las garras cargadas de despojos opulentos, mientras sus víctimas enloquecidas no aciertan ni siquiera a exhalar un alarido de terror que despierte a sus hermanas por la sangre y a sus compañeras en el triste destino.

El capitalismo ha dejado ya de ser nacional para hacerse internacional, y en esto deben fijarse bien los pueblos débiles, especialmente los pueblos débiles del trópico. Para el capitalismo no existen ya fronteras ni nacionalidades. Explota la ilusión de las fronteras y aprovecha en beneficio propio la fiebre malsana del nacionalismo cuando le parece conveniente. El capital no tiene patria, y así lo demostró la guerra universal: debajo de los sentimentalismos espurios fomentados por los propagandistas, y por los cuales se dejaron engañar muchos espíritus sinceros y generosos, estaba el frío, el implacable interés sin escrúpulos del capital colocado «por encima» de las debilidades sentimentales de la grey humana. En todas partes los altos «intereses económicos» resolvieron las cuestiones de la guerra: y para contar con el apoyo de los pueblos los enardecieron con canciones patrióticas y los emborracharon de furor divulgando historias embusteras y perversas.

El arma de que se valen preferentemente los imperialistas contemporáneos para adueñarse de los pueblos es el empréstito. Wall Street está dispuesta a haceros el empréstito que anheláis—o que anhelan vuestros gobernantes, para decirlo con entera exactitud—siempre que le concedáis ciertas garantías, ventajas y privilegios. Entre esas fórmulas de privilegio resplandece por su eficacia imperial y exactora, que la ha convertido en fórmula favorita de los banqueros hoy día, la de que entreguéis vuestras aduanas a una comisión administradora nombrada por los prestamistas. Y si es verdad que se necesita despreocupación, para decir lo menos, por parte de un gobierno, para conceder esta garantía, no menos cierto es que el pedirla no denota timidez alguna por parte de los voraces usureros que hacen el empréstito.

El capital nacional puede tener escrúpulos, pero no el internacional, y en esto deben fijarse los pueblos débiles del trópico y aun de más allá. Para el capital internacional no existen fronteras ni nacionalidades. Explota la ilusión de las fronteras e instiga y aprovecha en su favor la fiebre del nacionalismo cuando le parece necesario cobrar por la fuerza o apoderarse por la fuerza de prendas productivas. El capital internacional no conoce el concepto de patria, y eso se vió claro durante la guerra. El interés creado por los empréstitos de guerra fué el que decidió el resultado de la contienda.

Y a este monarca todopoderoso que es el capital internacional no es posible cobrarle impuesto. El capital entregará a modo de impuestos, una parte ínfima de los tributos que cobra, y, para indemnizarse con creces del pago de ese impuesto, aumentará en una u otra forma el pecho que saca de sus tributarios, con lo cual saldrá ganando siempre. No tiene nada de tímido el capital.

Ese capital les dice a los pueblos, especialmente a los pueblos débiles, con voz dulce y convincente, en la cual no es difícil descubrir la recóndita arrogancia del tono imperial:

—Si pretendéis despojarme de una parte de mis ganancias, yo, el capital, me ocultaré. Si me dais garantías de buenos proventos, si me obedecéis, apareceré ante vuestros ojos deslumbrante en toda mi gloria. Y entonces todos tendréis la probabilidad de ser mis elegidos...

Pero esto es falacia pura, porque es imposible que todos los hombres sean capitalistas; y el día en que todos fuéramos capitalistas, el capital perdería su poder, porque sin trabajadores que lo sustentaran, quedaría en la posición de un cero a la izquierda: se volvería humo. El día en que todos fuéramos capitalistas, todos tendríamos que ponernos a trabajar con nuestras propias manos, y este no es ciertamente el ideal capitalista.

La cacareada timidez del capital equivale, en otras palabras, a una amenaza de huelga por parte de los capitalistas. Quieren decir que si le imponen tributos el capital se esconderá, desaparecerá de la tierra. ¡Y tanto como vociferan contra las huelgas los escribas del capital! Las gentes, en vez de aceptar tranquilas que el capital se esconda y desaparezca, se ponen las manos en la cabeza, llenas de tribulación y espanto.

A los países débiles, o despoblados, o que poseen grandes riquezas vírgenes, suele recomendárseles que «atraigan al capital extranjero», que es casi todo capital internacional, que se muestren sumisos y halagüeños a fin de que ese capital pierda la timidez y se acerque a ellos. Este es el peor consejo que puede dárseles, porque el capital no se acercará a ellos sino cuando lo juzgue oportuno, pero, cuando se acerque, irá siempre con el ceño duro y un rebenque en la mano. Tan tímido es el capital.

JESÚS SEMPRUM.

Nueva York, 17 de julio de 1923.

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica